

ESTE PERIODICO
se publica
LOS DOMINGOS.

PRECIO:

DE LA

SUSCRIPCION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA

7 30 rs. For.

POR TRIMESTRE ADELANTADO

EN EL INTERIOR

MAS DE PORTE.



LA REDACCION
y Administracion

RICLA, NUM. 88

A DONDE

DIRIGIRAN

TODAS LAS COMUNICACIONES

y reclamaciones.

EL NUMERO SUELTO SE VENDE

EN LA ADMINISTRACION

A DOS REALES PTER.

EL MORO MUZA.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO,

AÑO ONCE.

DIRECTOR: J. M. VILLER GAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

A LOS CERROS DE UBEDA.

Yo no sé lo que hay en esos malditos cerros, porque nunca los he visitado.

Es decir, considerándolo bien, y aquí para entre nosotros, puede que yo los haya visitado mas de una vez, y mas de cuatro, porque los mortales, en cuyo número tengo la pena de contarme, para lo que ustedes gusten mandar, solemos hacer muchas cosas sin saber que las hacemos, y una de ellas es ir á los cerros mencionados.

Tanta verdad hay en lo que digo, lectores, que ninguno de los que andan por los cerros de Ubeda sabe por donde anda, si los demás no se lo advierten, y aun así hay hombre que, después que se le avisa, diciéndole: ¡buen hombre! ¡el ensimismado! ¡enidado con tropezar, que anda V. por los cerros de Ubeda! se queda tan fresco, creyendo que se le engaña y que donde está es en la redacción de su periódico, si es periodista.

Por eso ignoro yo si he estado alguna vez en los tales cerros. Solo sé que no hago memoria de ello, y eso, considerándolo bien, y aquí para entre nosotros, equivale á no haberlos visitado nunca.

Pero, aunque nunca los haya visitado, que eso no lo sé, ó por mejor decir, considerándolo bien y aquí para entre nosotros, no lo recuerdo, tengo para mí que ha de haber algo en los cerros de Ubeda, cuando tanta gente los visita, y ese algo es una fuerza magnética que ejerce una irresistible atracción sobre los seres ferruginosos, entre los cuales coloco yo á la mayor parte de los polemistas.

Es decir, considerándolo bien, y acá para entre nosotros, no se trata de los polemistas instruidos y de buena fé, con los cuales se

puede estar tratando años enteros una cuestión, sin salirse de ella; se trata de los que se estiman en mucho, sabiendo poco; porque estos, como quieren poner de cualquier modo fuera de combate al que los abruma con razones propias ó con citas ajenas, se largan inmediatamente á los cerros de Ubeda, y desde allí dicen todo lo que se les antoja, que es lo que menos viene al caso, enapezando por poner en tela de juicio las buenas intenciones de quien ha respetado las suyas.

Por ejemplo, yo, que nada debo al Gobierno actual, que nada pienso deber al que le reemplace, y que deseo la eterna conservación de los dominios españoles, estoy aquí hecho un ministerial acérrimo, con el ánimo de continuar siéndolo, suceda lo que suceda, porque creo de buena fé que la predicción de la autonomía, bajo cualquiera de sus formas, es lo menos patriótico que se le puede ocurrir á un buen ciudadano. Impulsado por ese ministerialismo, que no puede ser mas desinteresado, no solo he querido hacer ver mi gratitud hacia el Gobierno de la Metrópoli, que nos ha mandado cuarenta mil hombres para cascar las liendres á los *metnibises*, sino que me ha parecido conveniente tranquilizar á los buenos españoles de Cuba, probando que las ventas ó cesiones de territorio no se hacen donde domina la opinión pública, como felizmente sucede en España, sino donde el jefe del Estado puede asegurar que el Estado es él, como acontece en Rusia, y por lo tanto, que tocan el violon en grande los periodistas que en Madrid hablan de la cesión ó venta de esta Antilla, puesto que, aun en la hipótesis inadmisibile de que el Gobierno tratase de rea-

lizar lo que pretenden dichos periodistas, no podría hacerlo, por impedirse la pública opinión, aire vital de su existencia.

Para demostrar, amados lectores,

Que es una gran verdad lo que yo digo,
Y todo lo demás importa un bicho:

Es decir, considerándolo bien y aquí para entre nosotros, deseando yo llevar siempre el convencimiento en mis razones, pedí hoy hace ocho días su apoyo á quien sabe mas que nadie, que es la Historia, y si alguien pensase lo contrario que yo, en el supuesto de ser falso lo que yo dije, buena ocasión tendria de lucirse, haciendo ver que los que han vendido ó cedido reinos, provincias ó navíos españoles no fueron D. Pedro III de Aragon, ni D. Felipe IV, ni D. Felipe V, ni D. Carlos III, ni D. Carlos IV, ni D. Fernando VII de España, sino D. Baldomero Espartero, D. Agustín Argüelles, D. Juan Alvarez y Mendizabal, D. Leopoldo O'donnell, D. Francisco Serrano, D. Juan Prim y otros constitucionales.

¡Oh! si alguien saliese con eso, dándome en los hocicos con el texto de autoridades históricas por el mundo reconocidas, me baldaba; es decir, considerándolo bien y acá para entre nosotros, no me baldaba, pues, antes al contrario, ¿qué deseo yo, sino que se me instruya para dejar de ser ignorante? Pero nadie puede tener esa salida, porque, como en punto á hechos no hay opiniones, todos los historiadores que se consulten convendrán en que la venta del Rosellon y la carta de cesion de la Sicilia en el siglo XV, el Tratado de los Pirineos, por el que se cedió el Rosellon á Francia en el siglo XVII, la aceptación del Pacto de Utrecht, por el que se

concedió á los ingleses la posesion de Gibraltar, en el siglo XVIII; el regalo de las dos Sicilias á un hijo de Felipe V, la cesion del Paraguay á los portugueses, la de la Florida á los ingleses, el Tratado de Basilea, por el que se cedió Santo Domingo á la Francia, obras todas del propio siglo; el Tratado de Luneville, por el que se obsequió á Napoleon con la Luisiana y seis navios de linea; el de Washington, concluido en 1819, por el que se vendió La Florida á los Estados Unidos, y en fin, el Convenio que ántes, en 1808, se habia hecho en Bayona, por el que se entregó al Emperador de los franceses la España entera, con todas sus posesiones de América, Africa y Asia, no han sido cosas hechas por Espartero, ni por Argüelles, ni por Mendizábal, ni por O'donnell, ni por Serrano, ni por Prim y de consiguiente, no cabe discusion sobre esos puntos.

Pero, ¿qué sucederia, si álguien, por estar sujeto al pesado yugo de las preocupaciones, tuviese interés en contradecirme y quisiese hacerlo de cualquier modo? Lo regular seria que, no teniendo la razon de su parte, procuraria ponerse en evidencia, es decir, considerándolo bien y aquí para entre nosotros, que, si contra la lógica de los hechos, álguien quisiera volver negro lo blanco y vice versa, se iria corriendo á los cerros de Ubeda, y desde allí empezaria á gritar, diciendo cosas tan fuera de sazón como éstas: ¡Anda, que me tienes ira! ¡Anda, que el orden de Cuba depende de la fuerza mas que ciertos sistemas, y tú no lo comprendes! ¡Anda, que crees saber historia, y deberias estudiarla! ¡Anda, que procuras embaucar á la gente de pocos alcances!

Lo dicho es una suposición, pues ya sé que no puede haber quien me diga tales tonterías. Es decir, considerándolo bien y aquí para entre nosotros, bien pudiera decir las cualquiera de los que, sin poder remediarlo, se van á los cerros de Ubeda, porque el que perora en dichos cerros está autorizado para todo; pero si tales apóstrofes se me dirigiesen, nada me seria tan fácil como contestar diciendo: ¡Eh! ¡buen amigo! ¡el que anda por los cerros de Ubeda! ¡Sepa V. que yo no le tengo ira, sino muy buena voluntad, aunque siento verle extraviado! ¡Sepa V. que lo primero que dije yo el año pasado, en el mes de Enero, cuando publiqué en Madrid un periódico titulado *Jeremías*, fué que Cuba se sostendria mejor con bayonetas que con libertades, y no he dejado de predicar eso mismo! ¡Sepa V. que, si no conozco la historia, me hará un gran favor el que me la enseñe, y creo que ese no será quien la destruya todos los días! ¡Y sepa V. en fin, que mas trazas lleva de querer embaucar á la gente el que como V. declama, sin probar lo que dice, que el que, como yo, razona con la historia en la mano!

Esto diria yo, para mi vindicacion, en la rara hipótesis de que se me hiciesen cargos tan estrambóticos como los supuestos, Pero voy á dejarlo, por si tambien estoy ferruginoso; es decir, considerándolo bien y aquí para nosotros, temo estar en los cerros de

Ubeda, sin saberlo, puesto que los que andan por esos malditos cerros no saben por donde andan, y no quiero seguir, exponiéndome á soltar alguna inconveniencia.

EL MORO MUZA.

LA VIDA DEL HOMBRE.

I.

Nace, y el comadron le ata el ombligo;
Llora, pateo, el cura le bautiza,
Y halla en el seno de feroz nodriza
Grato alimento y sofocante abrigo.

Fuerte aroma llevar suele consigo,
Que á la nariz del prójimo electriza,
Rompiendo á andar, á la familia hechiza,
Y él se rompe la crisma en un postigo.

Va á la escuela y en ella hace amistades
Con gente que le pega y pone motes,
Y que le enseña á hacer barbaridades;
Aprende el A. B. C. y hace palotes,
Y alternando con mil enfermedades,
Alcanza un premio, tras dos mil azotes.

II.

¡Adios el escondite, adios el marro!
No hay que llamarle niño, que se irrita:
Luce orgulloso la primer levita,
Y echa los bofes al primer cigarro.

Gasta, en el pelo, de pomada un tarro.
En brazos del amor se precipita,
Y haciendo el oso á alguna señorita,
Agarra un tabardillo ó un catarro.

Juega al billar: si no es un calavera,
Procura parecerlo por las trazas,
Y es al momento amigo de cualquiera.
Pasa el día en las calles y las plazas,
Y en sus conquistas mil, ó en su carrera,
Consigue como premio..... *catibazas*.

III.

El que tan mal habló de la mujer,
Desengañado ya... se casa, al fin,
Y entre mujer y suegra y chiquitín,
Vejeta condenado á padecer.

Vive de trabajar, ó pretender;
No tiene una ilusion en el magín,
Es su estado normal el negro esplín,
Y odia feróz lo que adoraba ayer.

Sale con su mujer á pasear;
Hecho anda un azacán de norte á sur,
Y es el burro de carga de su hogar;
Juega de vez en cuando algun albur,
Y no teniendo nada en que pensar,
Se ocupa de politica..... y *abur*.

IV.

Ya le llega la raya hasta la nuca,
Y es rarísimo el pelo que se salva,
Y vé, cuando se peina, que la calva.....
Le pide á voz en grito una peluca.

Si quiere hablar, se pierde y se trabuca:
Le explotan sus parientes, á mansalva,
Almuerza caldo y cena flor de malva,
Y andande al medio día se desnucan.

Los nietos le rebañan el bolsillo;
De sus parientes el deseo eterno
Es que, al fin, se lo lleve un tabardillo;

Los médicos le empujan al infierno,
Y cuando, al cabo, muere el pobre cillo,
Solo le llora..... su ama de gobierno!

BOARDIL EL CHICO.

EN SEMANA SANTA.

¿Aun piensas que ha de haber tregua
Para un infame bandido?

¿Aun no estás arrepentido,
Presidente de comedia?

Detén tu insegura planta,
Que estás en Semana Santa;
Y aunque estúpido furor
Te sacó de tus casillas,

¡Ea, Céspedes traidor!
¡Híncate ya de rodillas,
Y reza el *Yo Pecador*!

¿Aun de este mundo á la faz
Blasonas de mastodonte,
Tú, montaráz Agramonte,
O Agramonte montaráz?

De dejar de ser blasfemo
Llegó el instante supremo;
Y pues cual *libertador*
Piensas, menguado, que brillas,
Siendo todo un *saltador*,
Híncate ya de rodillas
Y reza el *Yo Pecador*.

¿Aun no has medrado bastante,
Marqués de Santa Lucía,
Y ser quieres todavía
Marqués de Trampa-adelante?

Mira que el tiempo ha llegado
De purgar todo pecado;
Y pues, gran disipador,
A la nobleza manecillas,
De que has sido desertor,
Híncate ya de rodillas
Y reza el *Yo Pecador*.

¿Aun ves los males con calma
Y la justicia te arredra,
Mármol, que tienes de piedra
Tanto el nombre como el alma?

Si naciste empedernido,
Muéstrate ya arrepentido;
Y, pues, como es de rigor,
Buscando va tus costillas
El garrote vengador,
Híncate ya de rodillas
Y reza el *Yo Pecador*.

¿Aun la tea que fulgura
Causando horrores te agrada?
¿Aun no ves, necio Cavada,
Cavada..... tu sepultura?

Ve que á ruda penitencia
La semana te sentencia;
Y pues serás, malhechor,
Atizado en Cinco-Villas,
Donde fuiste *atizador*, (1)
Híncate ya de rodillas
Y reza el *Yo Pecador*.

¿Aun mares de vino sureas
Aguilera, y aun te afanas,
Persiguiendo á las cristianas,
Tú, que solo tomas turcas?

Ve que en la presente fiesta
Toda pasion es funesta,
Y en fin, pues por bebedor
Siempre has andado en cuclillas,
O de otra suerte peor,
Híncate ya de rodillas
Y reza el *Yo Pecador*.

¿Aun.....? Mas observo, á fé mia,
Que tanto nombre importuno
Recorrer, uno por uno,
Larga tarea seria.

Y pues manda la experiencia
Descargar hoy la conciencia,
A todo perturbador,
Que deshonre las Antillas
Diré, haciéndole favor:
Híncate ya de rodillas
Y reza el *Yo Pecador*.

AVICENA.

(1) La diferencia está en que al *atizador* de incendios se le atizarán palos.

EL TAPETE VERDE.

(CONTINUA.)

—¡Blas! exclamó D^a Juana levantándose como una serpiente.

—He estado en una, dijo aquel continuando.

—Y habrás perdido todo el dinero que llevabas en el bolsillo. ¿No es esto?

—Mira el duro que me diste ayer, míralo.

D^a Juana se sosegó un tanto á la vista de la moneda.

—Ay, Juana, Juana, si todas las noches saliera de esas casas como hoy, bien podía dedicarme á jugador y dejar el destino y pasar allí dos horas todos los días, porque en ese tiempo he ganado todo esto: mira.

Y tal diciendo D. Blas, con la alegría reflejada en su risueño semblante, se acercó á una mesa, y fué vaciando sobre ella sus bolsillos, hasta que hubo formado un gran monton de oro y plata, entre cuyas monedas, que producian entre sí al chocarse un ruido embriagador, habia muchos billetes de banco.

D^a Juana, con los ojos muy abiertos, fijas las pupilas, entreabierta la boca y sin expresion el semblante, miraba aquel dinero que su esposo se complacia en enseñarla.

—Pero ¡Dios mio! dijo al fin con acento de duda, ¿es nuestro todo eso? ¿De veras es nuestro?

—De veras, dijo D. Blas, todo nuestro. A mí, al principio, la verdad, me costaba casi repugnancia creerlo así, y no sentia gusto al cogerlo; pero, al ver que todos los que ganaban ponian una cara de pasena que daba gusto verla, me tranquilicé completamente.

Por supuesto que se gana bien el dinero del juego.

¿Tú sabes lo que he sufrido mientras con la vista fija en la baraja el banquero pasaba las cartas?

¿Tú sabes lo que se siente mientras acaba ese momento, que si durase mas seria irresistible?

Pues has de saber que he sufrido mucho, en medio del placer que me daban las ganancias que obtenia.

Todo ese dinero que ves lo he ganado con un duro, con el que me distes ayer.

—¿Y cuánto es esto? preguntó D^a Juana.

—No lo sé, dijo el empleado, no lo conté: he pagado al cochero que me ha traído, y Pedro se ha llevado mil reales en calidad de préstamo.

D^a Juana y D. Blas empezaron á contar el dinero.

La aurora de un día nebuloso empezaba á iluminar el firmamento, cuando el matrimonio se acostaba, despues de haber hecho mil proyectos respecto al empleo de aquella cantidad, gruesa en efecto, fabulosa á sus ojos, solo acostumbrados á mirar los treinta duros con que el Gobierno pagaba mensualmente el celo y los servicios de D. Blas.

IV.

Pasaron quince, días durante los cuales, ambos esposos fatigaron sus imaginaciones, excitadas por la fortuna que les favorecia, en pensar cual seria el mas ventajoso destino de aquel dinero.

—Pero antes de decidirse á imponerlo en

alguna parte, nació bajo el pelado cráneo de D. Blas, un pensamiento que se propuso poner en práctica.

En dos horas, se dijo, gané todo este dinero, el cual, separando cierta cantidad no muy grande, podré aumentar tal vez de un modo extraordinario. Volveré á la casa de juego y aventuraré un duro. Si lo pierdo, me retiro, y aunque lleve mas en el bolsillo, no juego hasta otro día en que sea la suerte mas propicia. Vuelvo, pongo otro duro, me retiro tambien, si lo pierdo, y así sucesivamente continué obrando hasta que logre acertar. En treinta días, lo mas que puedo perder son treinta duros, y difícil será que en todo el largo espacio de un mes, no haya siquiera un día venturoso.

Esto se dijo el bueno de D. Blas, y paso á paso dirigióse al garito, subió, puso un duro, ganó seis, y por temor de perderlos, salió de allí presuroso.

Aquella ganancia fué desconocida para D^a Juana, que habia prohibido terminantemente á su esposo la vuelta á tales sitios, por lo cual, este, temiendo disgustarla, á pesar de haber ganado, ocultó aquel nuevo rasgo de proteccion de la fortuna.

Al día siguiente volvió á visitar el garito, y puso otro duro, uniendo cinco de ganancia, con lo cual, el germen de la afiecion al juego, que habia nacido en su corazon la noche que jugó por vez primera, se fué desarrollando poco á poco.

D. Blas continuó yendo á aquella casa por espacio de un mes, y al cabo de este tiempo, habiendo perdido unas noches y ganado otras, se halló con unos cuantos miles de reales, desconocidos de D^a Juana.

V.

Un día al fin, D. Blas salió de la casa de juego con la tristeza retratada en el semblante; todo el dinero que habia estado ocultando á su esposa habia pasado á manos de un nuevo poseedor, merced debida á una sota, que tuvo el singular capricho de salir ántes que un rey, figura que esperaba anhelante D. Blas, el cual, á impulsos de una corazonada, habia colocado á una carta todo el dinero que llevaba.

¡Sí, soy un tonto! exclamaba, al abandonar la casa de juego. ¡Sí, tengo yo la culpa! ¿A quién le ocurre fiarse de una corazonada?

Y recordando la cantidad perdida, triste y meditabundo dirigióse á su casa.

Eran las ocho de una noche de Marzo, en que el viento parecia haber barrido de las calles á la gente.

D. Blas llegó á su casa, situada en extraviado barrio, y supo que su esposa acababa de marchar á velar á una amiga suya, que se hallaba gravemente enferma.

D. Blas, pues, aquella noche, por primera vez, desde el día en que se casó, iba á dormir solo.

Esto aumentó la tristeza de que ya iba poseído.

Sentóse ante el brasero, echó, como él decia, una firma, recobró el calor perdido, y allí, al amor de la lumbre, dióse á pensar en lo peor que ocurrírsele podia: en el dinero que habia dejado en la casa de juego.

¡Lástima de dinero! exclamó! ¡Si yo pudiera recobrarlo!

Y el demonio, sin duda, fué poco á poco inspirando á D. Blas la idea de recobrar aquel dinero.

El nuevo jugador sostuvo consigo mismo una lucha tenáz: su corazon le impulsaba hácia el sitio donde su esposa guardaba toda la cantidad ganada por D. Blas la primera noche en que pisó la casa de juego: su cabeza se resistia; cuando pensaba en ello, sin dejarse alucinar por el deseo, apartaba la vista de aquella mesa que encerraba el dinero, y procuraba, aunque en vano, alejar de su mente aquella idea fija.

Así pasaron las horas, acostóse la criada, y en la casa empezó á reinar sepulcral silencio.

VI.

Las once sonaban en un reló cercano, cuando la puerta del cuarto que D. Blas habitaba, se abrió cautelosamente, y una sombra se deslizó por la escalera.

Era D. Blas que, despues de abrir la puerta de la calle, embozado en su larga capa, y con el paso ajitado é intranquilo de un criminal, huyó de su casa, dirigiéndose al Centro de Madrid.

La ambicion habia hecho presa en él, y le dominaba, le conducia, le arrastraba mejor dicho, á la casa de juego.

En sus bolsillos llevaba todo el dinero que D^a Juana conservó, desde la noche en que fué ganado, y aquel dinero, poco á poco, se lo fué arrebatando la suerte, y D. Blas vió desaparecer de ante sí un monton de oro; y cuando la primera luz de la aurora empezaba á luchar con la niebla de la noche, salia de aquella casa el desventurado D. Blas, con el semblante lívido, los ojos hundidos y anguloso el rostro.

Dirigióse con paso vacilante á su casa, entró en ella y arrojóse vestido sobre la cama intacta todavia.

D. Blas quiso llorar, y no pudo.

Cuando el sol salió, levantóse sin haber conseguido dormir: la fiebre le daba fuerzas para sostenerse en pié.

La criada, que ignoraba la ausencia de su amo durante la noche, extrañó verle vestido tan temprano.

—¿Está V. malo? le preguntó.

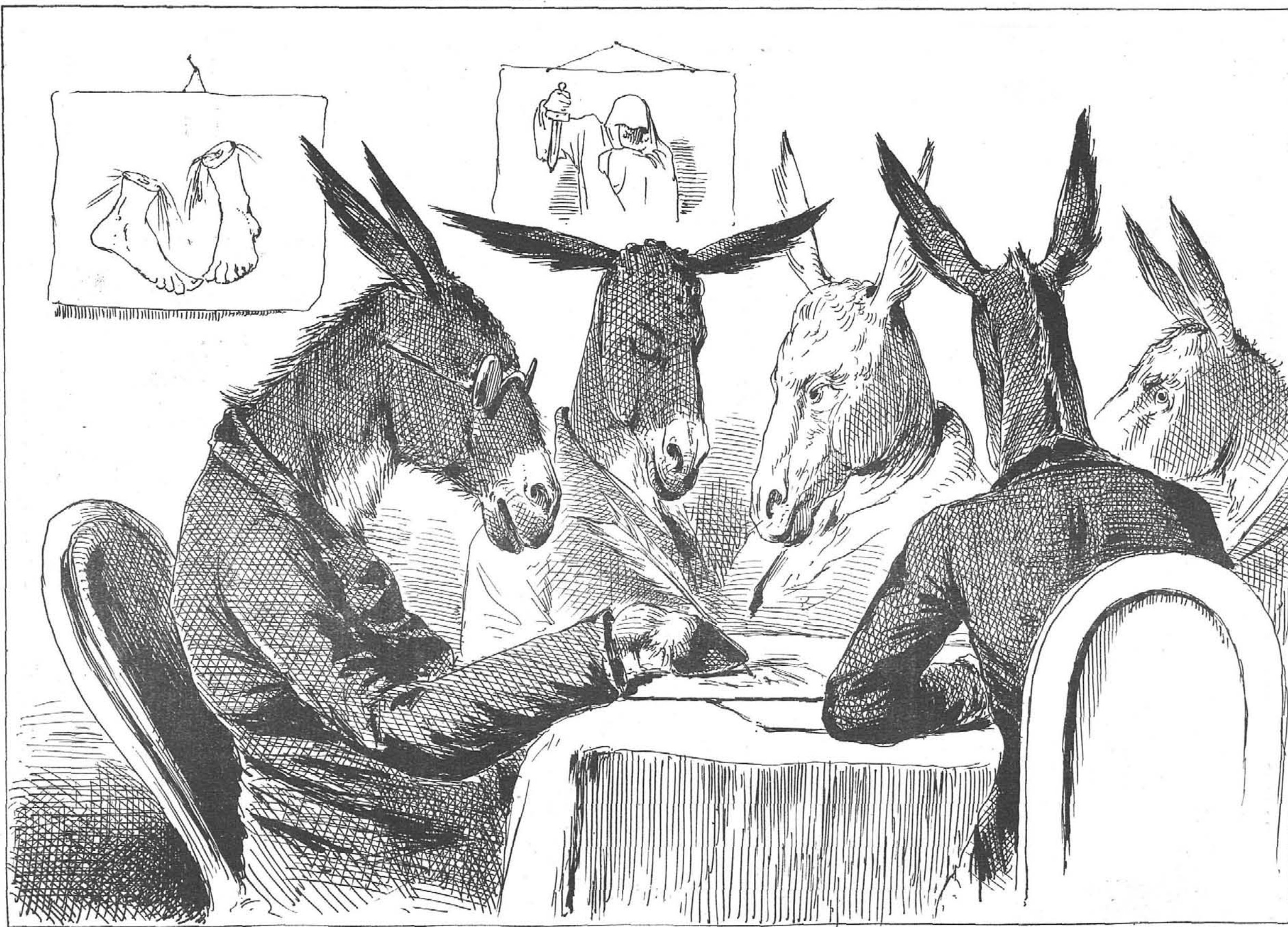
D. Blas no contestó; estaba preocupado con la idea de aquella pérdida, que conceptuaba irreparable.

—No, no, imposible, decia: yo no lo digo á Juana que he cogido el dinero que ella guardaba, que lo he perdido, no, eso nunca.

Entónces se dirigió á la mesa donde se hallaba ántes guardado el dinero, abrió el cajon, y al ver algunas monedas de oro, que brillaban allí apiladas, las cogió, púsose la capa, y salió de su casa decidido á jugar con todo por el todo.

Los garitos estaban aun cerrados, y paseando por las calles impaciente, esperaba que abriesen alguno de los muchos donde tantos van á perder su fortuna, su honor, su felicidad.

(Continúa.)



(Habiendo ese periódico publicado algunos cuadros españoles faltos de verdad, le dedicamos este lleno de ella.)



LOS INCENDIARIOS COGIDOS ENTRE DOS FUEGOS.

EL DEDO EN LA LLAGA.

Cada cosa en su tiempo y los nabos en adviento.

En esta Perla, que algunos patriotas, mas fogoneros que fogosos, han querido convertir en rubí, álias, carbúnculo (1), resonó hace algunos años la palabra *reformas*, que no dejó de hallar eco, á pesar de la mala opinion que gozaban los que la pronunciaron, ó por lo mismo que los que la pronunciaron tenían pésima fama.

¿Cómo sucedió esto? Voy á decirlo. La sociedad cubana, que no se acordaba de la política, creyó que de lo que se trataba era de que reformasen sus costumbres los que pedían las reformas, y ya están ustedes satisfechos.

Efectivamente. ¿Qué perdía nuestra sociedad con que los filibusteros se arrepintiesen de su mala vida pasada, los tramposos pagasen con puntualidad en lo sucesivo, los embusteros cobrasen amor á la verdad, los pedantes se hiciesen modestos, los trapisondistas renunciasen al embrollo, los ambiciosos reconociesen su falta y los que habian renegado de su sangre mostrasen el propósito de la enmienda? Todos creimos de buena fé que estas eran las reformas de que se trataba, y digimos: ¡vengan las reformas!

Pronto supimos que de lo que se hablaba era de derechos políticos; que uno quería libertad de conciencia, no habiendo tenido jamás conciencia el que tal cosa quería, otro pedía *comicios*, (Aguilera siempre estuvo por los *bebicios*), otros aspiraban á tener representacion en Córtes, como si ya no la hubieran tenido en diferentes córtes..... de cuentas, y esto era lo mas general, como que hasta en los montes han pretendido pasar luego por padres de la Pátria los que habian nacido para padres del Yermo; algunos reclamaban el derecho de peticion, siendo así que siempre estaban pidiendo, y en fin, todos hablaban de garantías, debiendo advertirse que ellos sabian multiplicarlas, pues hombre hubo que de una sola finca, diez veces hipotecada por arte de birlibirloque, hizo diez garantías, para clavar á otros tantos prestamistas inocentes.

¡Cosa increíble! Como los reformistas, en general, eran inclinados á despilfarrar lo suyo y lo ajeno, se esperaba que hablarían de todo menos de las cuestiones de orden económico; pero tambien de eso se ocuparon, y pidieron la contribucion directa. Ya hemos sabido para qué la pidieron, para llegar indirectamente por el camino directo á indisponer á los habitantes de Cuba con el Gobierno de la Madre Pátria, que era lo que ellos pretendían.

De modo, lectores, que no eran sus malas costumbres las que pensaban reformar los *reformistas del estrabismo*, y los llamo así, porque casi todos han probado ser bizcos en política, puesto que, cuando aparentan mirar al plato, miran á las tajadas.

Sin embargo, tal ha sido siempre en nues-

tros hombres de estado el deseo de complacer á los habitantes de Cuba, insulares y peninsulares, que, pensando que lo que pedían unos pocos lo pedían muchos, por ser tan chillones los pocos que cada uno alborotaba por mil, y no conociendo, como, aunque tarde, habrán llegado á conocer los generales Serrano y Dulce el carácter villano y traidor de aquellos infames, nacidos para morder la mano que aparentaban besar, vinieron las reformas, cuyos resultados justifican lo que últimamente ha dicho D. Napoleon Arango, sobre no estar aun Cuba en estado de soportar ni aun lo que, aceptando el programa de Cádiz, pudiera venir de la Península.

Y no obstante, ¿han dejado de realizarse las reformas que á la salud económica del país convenian, por aplazarse las ocasionadas á fuertes indigestiones?

No por cierto, y por eso todos estamos hoy aplaudiendo esas reformas con que nuestras primeras autoridades política y rentística, despues de haber suprimido los tributos directos, pueden decir á la nacion: «El promedio de nuestras rentas marítimas y terrestres dá el aumento de un ciento cincuenta y cinco por ciento.»

Eso, lectores míos, eso es lo que se llama en buen castellano: «poner el dedo en la llaga.»

¿Qué! ¿Hay quien se ofenda? Puede que sí, porque hay hombres bastante susceptibles para dar la mas siniestra interpretacion á las palabras mas sencillas. Capaces serán algunos de suponer que yo he querido calificar de llaga, ó de plaga, la administracion rentística de otros tiempos, es decir, de cuando no habia Comisiones de Vigilancia, y se equivocarán los que así discurran, pero tanto, que estoy dispuesto á darles anticipadamente una explicacion tan satisfactoria como la siguiente que cierto doctor, muy conocido en la Habana, dió delante de testigos á un compañero suyo, que se quejaba de que le habia llamado jorobado:

«Los que propalan que quise
Vejar á mi camarada,
Llamándole jorobado,
Mienten, y la cosa es clara.
Mal pude decir tal cosa,
Pues, como á los ojos salta,
El señor..... no es jorobado;
Es..... cargadito de espaldas.»

Cierto es que se habla de Vistas de Aduana que, años atrás, con solo ejercer su empleo durante cinco ó seis meses, se hacian grandes propietarios; pero ¿no podia suceder que los tales sugetos tuviesen la suerte de acertar dos ó tres veces seguidas con el premio gordo de la lotería? Verdad es tambien que, desde que se establecieron las Comisiones de Vigilancia, se ha obtenido en nuestras Aduanas marítimas el aumento prodigioso de un ciento setenta por ciento; pero ¿no pudiera explicarse este admirable beneficio por el refran que dice: «mas ven cuatro ojos que dos?»

Es claro, ¿cómo algunos funcionarios, tal vez miopes, habian de ver lo que ese Argos, ese cuerpo de muchos y buenos ojos que se nombra Comision de Vigilancia? ¿Y hemos

de injuriar á un hombre por que no vea tanto como varios, cuando existe una sentencia popular que le absuelve de su falta?

Otra explicacion tiene el misterio, y es la indolencia humana.

Por esta comprendo yo..... pero no; ahora veo que iba á decir un disparate. Iba, lectores, á decir que, segun mis noticias, habia el año pasado en Madrid mas de cuatro ciudadanos que buscaban grandes empeños para conseguir ciertos destinos en las Aduanas de Cuba, y todos han desistido de sus pretensiones, desde que supieron que se habian establecido las Comisiones de Vigilancia, de lo cual pensaba yo equivocadamente deducir, que los que tan generosamente han renunciado á tomar los empleos que ántes solicitaban, tendrían poca aficion al trabajo.

¿De dónde sacaba yo esta rara consecuencia? Del aumento que las rentas han tenido, pues, en efecto, parece que debe trabajarse mas cuando se obtienen mejores resultados. Pero luego se me ha ocurrido que, cuanto mas aumentan los ingresos, es señal de que trabajan mas las Comisiones de Vigilancia, y por consiguiente, cuanto mas trabajen dichas Comisiones, menos tendrán que hacer aquellos funcionarios á quienes prestan su auxilio.

Ergo, no son indolentes los que hoy desechan en Madrid aquellos destinos que ántes solicitaban con tantos empeños; al contrario, si tuviesen poco amor al trabajo, ahora les convendrían mejor que ántes los indicados destinos. ¿Qué serán entonces? Yo, que siempre me inclino á lo mejor, creo poder asegurar que he dado en el *quid*. Para mí, lectores, aquellos que hoy desdeñan los destinos que ántes pedían con ahinco, son hombres bien relacionados, que han sabido de buena tinta el cambio que aquí ha tenido la suerte; es decir, han averiguado que aquí no les cae á ciertos individuos el premio gordo de la lotería con tanta frecuencia como ántes, y no teniendo probabilidades de hacer grande fortuna, prefieren quedarse como estaban.

Ya ven, pues, lo errados que estaban los que creyesen que yo habia intentado apellidar llaga, ó plaga, á la administracion de las Aduanas de otros tiempos.

Con todo; lleito debiera serme el usar esa figura, que, no porque no sea parlamentaria, deja de ser retórica, sin ofender en su moralidad á los funcionarios; porque, como ántes he dicho, mas ven cuatro ojos que dos, y bien pudiera haber sido llaga, ó plaga, lo antiguo, sin que los empleados tuviesen la culpa de ello. ¡Vaya si pudiera! La prueba de que podria, está en que llaga la nombra todo el mundo, puesto que, al ver los resultados que han producido las reformas planteadas por los Exemos. Sres. Gobernador Superior Político é Intendente de esta Provincia, todo el mundo dice á coro: «esos señores han puesto el dedo en la llaga.»

Quéjese ahora el que no esté contento, que yo, amigo leal de los empleados probos, y creo que estos lo son en su inmensa mayoría, tendré el derecho de decir: á nadie tanto como á los funcionarios públicos debe lison-

(1) Llamose *carbúnculo* al rubí por suponerse que lucía en la oscuridad como un *carbón encendido*.

jean la idea de que se ha moralizado la Administración pública, y que esa Administración se ha moralizado se demuestra con el aumento de ciento cincuenta y cinco por ciento que han tenido, en promedio, las rentas marítimas y terrestres de esta Antilla. Si algún empleado, que no lo espero, vituperase las reformas que han producido este resultado, ya sabemos que tiene poco interés por la Patria y que no merece su empleo. Así lo entenderá seguramente el Gobierno de la Metrópoli, y así lo entienden, sin duda, nuestros dignísimos Gobernador Superior e Intendente, que, cuando necesiten auxiliares para cualquier puesto, desde el mas elevado al mas ínfimo, los encontrarán desinteresados y activos en todos los hombres honrados de Cuba, desde el mas afortunado al mas pobre; porque todos tenemos interés en que continúen su marcha salvadora los que han puesto el dedo en la llaga.

AMURATES.

MEJOR QUE MEJOR.

Estas palabras me traen á la memoria un tipo creado, y habilísimamente sostenido, por mi amigo Florentino Sanz, en su excelente drama titulado: *D. Francisco de Quevedo*.

Digo creado, porque, aunque ese tipo es el optimista, que ya nos presentó Voltaire en el doctor Pangloss, este, como filósofo, razona y tiene la muletilla de la idea, sacando de todo la consecuencia de que nada puede ir mejor de lo que va en el mejor de los mundos posibles, que es el que habitamos, mientras que el personaje del drama de Sanz tiene solo el estribillo de la palabra *mejor*, que repite con extraordinaria frecuencia.

Si se le dice que ha ocurrido tal cosa..... *mejor*;

Si oye decir que sucedió lo contrario..... *mejor*,

Si averigua que no hubo nada de lo uno ni de lo otro..... *mejor*. Nunca este bisílabo se le cae de la boca.

¿Y qué! ¿No está el mundo político lleno de caracteres como los dos optimistas mencionados? Estoy por decir que lo son hasta los que la echan de pesimistas, porque estos, que por regla general figuran en la oposicion, hasta lo que realmente es malo les parece lo mejor que puede ocurrir, para ver si se hunde el orden de cosas que no les cuadra.

Seguro estoy de que nunca los laborantes de Nueva York habrán hecho tanto consumo de la palabra *mejor* como desde que las cosas se pusieron lo *peor* que podían ponerse para su causa.

Que las cañoneras salieron para Cuba. *Mejor*, diría Aldama; con eso los insurrectos, no esperando refuerzo de fuera, tendrán que aprender á ser valientes.

Que la Metrópoli mandó á Cuba numerosos batallones. *Mejor*, diría Bramosio, así las enfermedades endémicas podrán atacar á mayor número de españoles.

Que los *mambises* llevan palos en todas partes. *Mejor*, diría Morales Lémus; así ve-

rá Banks que necesitamos absolutamente la intervencion extranjera.

Que los rebeldes, que no han cometido fechorías, se van presentando..... *Mejor*, dirá Nestor Ponce, así los que queden jugarán el todo por el todo.

Que los insurrectos pierden sus banderas, ó las arrojan para correr mas aprisa.....

Mejor, dirá la republicana del chuchó, D^a Emilia; con eso tendré que bordar otras.

Todo es mejor para quien vive de ilusiones, y por eso, aunque los que pierden tienen sus raptos de pesimismo, hay siempre entre ellos mayor número de verdaderos optimistas que entre los que ganan.

Esto es muy general, y buena prueba de ello acaban de darnos los partidarios del duque de Montpensier.

Tengo, lectores, hecha mi profesion de fé política y la ratifico. No soy amigo ni enemigo de ninguno de los partidos militantes de la Península, porque creo que todos tocan el violon, queriendo hacer otra cosa, y sepa el que triunfe de los demás, que no aspiro á merecer nada. He hablado en otra ocasion de las candidaturas que andaban en juego, no para mostrarme partidario de ninguna, yo, que tampoco soy partidario de lo que pudieran plantear los inverosímiles republicanos modernos, sino para señalar las que tenían mas ó menos lógica y mas ó menos probabilidades de triunfo.

Pues bien: ya no sostengo todo lo que dije entonces, ¿Y se dirá por eso que he variado?

No, los que han variado son algunos de los candidatos, con las cosas que han hecho. Uno de esos candidatos es el príncipe Alfonso, del cual han desaparecido dos tercios, uno con su viaje á Roma, donde ha ido cargado de regalitos (1) y otro con ponerse á recibir la educacion del conde de Chestre, personaje que no puede ser simpático en España, desde que abusó de su posicion apaleando á un pobre portero de las Cortes y haciendo pasear por Madrid á un escritor con un papel burlesco en el pecho; de manera que, allí donde habia un candidato entero, no queda mas que un tercio de candidato, y hasta esta fraccion desaparecerá, si continúa el niño esnechando los consejos de los que han causado la caída y expatriacion de su madre.

Pero si de dicho candidato no queda mas que un tercio, de otro no queda absolutamente nada, y ese otro es el duque de Montpensier.

Pero de contado, sin negar las buenas prendas de ese príncipe, á quien respeto, y á cuya familia he defendido alguna vez, viéndola injustamente vilipendiada, siempre he creído que su triunfo era muy difícil, por formar sus partidarios, numéricamente hablando, la mas insignificante minoria que ha existido en la nacion española; pero desde el desgraciado lance que produjo la muerte de D. Enri-

(1) Una de las cosas que mas perjudicaron á la ex-reina Isabel en la opinion, fué que, cuando el Tesoro se hallaba exhausto, dicha Sra., entregada al P. Claret y á la monja Sor Patrocinio, pensaba enviar unos cuantos millones á Roma.

que de Borbon, el triunfo de la candidatura Montpensier no me parece difícil, por que eso es cualquier cosa; me parece lo que se llama..... imposible de toda imposibilidad.

Sin embargo, leamos lo que escriben sus amigos y veremos aparecer en estos otras tantas copias del doctor Pangloss, ó del personaje del *D. Francisco de Quevedo*.

—¿Pero no ven ustedes, se les dice, que si antes era impopular el duque como uno, ahora tiene que serlo como ciento?

—Mejor, contestan ellos; cabalmente no es al pópulo á quien se tiene que dar gusto, sino á los elementos conservadores, que son los interesados en que cese pronto la interinidad en que vivimos.

—¿Pero no ven ustedes que ese hombre ha dado muerte á otro? ¿Cómo puede llegar á ser jefe de una nacion el que de un modo tan terrible ha infringido sus leyes?

—Mejor; porque, al matar á otro, ha dado pruebas de ser valiente, y en cuanto á lo de la infraccion de las leyes, ya se han arreglado las cosas de modo que aparezca que el muerto se suicidó involuntariamente, probando una pistola. Así ha dictado su sentencia el juez de Jetafe.

—¿Pero no ven ustedes que el remedio es peor que la enfermedad? ¿No comprenden ustedes que, sabiendo todo el mundo lo que ha pasado, esa sentencia es la burla de la legislacion vigente? ¿No está diciendo eso que con un rey como Montpensier abundarian jefes como el de Jetafe?

—Mejor es eso que lo que ha pasado en Francia; donde todo un Alto Tribunal de Justicia del Imperio acaba de absolver al príncipe Pedro Bonaparte, convicto y confeso de haber dado la muerte al ciudadano Victor Noir.

—No tengo datos para juzgar lo de Francia; si el fallo del Tribunal ha sido contrario al de la opinion, ya producirá sus efectos. De todas maneras, se han cubierto allí las formalidades del procedimiento, sin burlas que puedan amenguar el prestigio de la toga, lo que no ha sucedido en el asunto de Jetafe, que habrá hecho reir á mucha gente, y es muy difícil que vuelvan á respetar la justicia los que han llegado á reirse de ella. ¿No hubiera sido mas digno de aplauso el suceso, pagando á Témis el debido tributo, es decir, siendo Montpensier indultado de la pena que los tribunales le impusiesen con arreglo al Código?

Nada, los montpensieristas no creen que las cosas que han ocurrido hayan perjudicado en lo mas mínimo á su candidato. *Mejor* dicen á todo, y seria tiempo perdido el disputar con ellos.

En cuanto á mí, permítaseme, antes de acabar este artículo, decir que no apruebo el fondo ni la forma de los insultos que D. Enrique de Borbon dirigió al duque de Montpensier, por mas que en su carta hubiese trozos capaces de tocar en el corazon á todo buen patriota, y eran aquellos en que el ilustre difunto, hablando de Gibraltar y del Dos de Mayo, é invocando el nombre venerable del solitario de Logroño, manifestaba tener sen-

timientos altamente españoles; pero, por duras que fuesen los indicados insultos, no está el duque de Montpensier arrepentido de la mayor dureza con que los ha castigado?

Pues si es así, diré que, no solo han disminuido las probabilidades de su candidatura, sino que no merece reinar quien tiene tan entero el tesón de la venganza, y esto lo digo, no solamente porque lo siento, sino para que los montpensieristas tengan ocasión de lucirse diciendo: «¿Qué! ¿El MORO MUZA considera muerta nuestra candidatura? Mejor que Mejor.»

EL MORO MUZA.

CONSUELISKO DE TRIPISKAS DE LOS NUEVOS POLAKOSKIS.

Habiendo llegado los emigrados a reconocer que su causa está enteramente perdida, parece que han resuelto cometer la barbaridad de comparar a Cuba con Polonia, y titularse ellos *los polacos del Nuevo Mundo*; y a fin de dar algún viso de verdad a invención tan pueril, han variado la terminación de muchas palabras, haciendo que acaben en *iski*, *arski*, *aski*, *asko*; bien que esto último era muy natural, porque *asco* acababan dando todas las cosas de los *laborantes*.

La sesión que celebraron, después de una resolución tan *desesperadiska*, fué terrible, según buenos informes. Estaba la sala de *Aldamaski* llena de *mamarrachoski*, como *Morales Lemuski*, *Mestreski*, *Piñeroski*, *Fesseraski*, *Bramosiowski* y otros *quedam farineski*, cuando entró el *fugitivo* *Quesadaski* y habló en los términos siguientes:

—Laboranteski: está visto. Los *gunkees* no nos reconocen beligeranteski, y *Aldamaski* se ha hecho tan *Arpagonoski*, que no dá una pesetaska para un remedioski. Sea-mos, al fin, sinceroski, confesando nuestra derrotaska, y contentándonos con que las personas mentecataski digan al vernos: ¡pobrecitos polakoskis!

Tomó entonces la palabra el buen *Aldamaski*, con más calor que el de costumbre, y exclamó:

—Paisanoski: lo que ha dicho el preopinanteski es propio de un truaneski ladronoski.

—Sublimeski!, dijo por lo bajo *Piñeroski*.

Porque ese *Piñeroski* es partidario de *Aldamaski*, á quien se asemeja en las narices: solo que, como es tan vano, dice que no es él quien se parece á *Aldamaski*, sino que es éste quien se parece á él. *Aldamaski* continuó:

—Es logicoski. ¿Qué se podía esperar de un mandriaski, que ha sido despedidoski de la jefaturaska mambisiska con cajas destempladas por cobardeski? ¿No es bien sabido que los diputadoski de la maniguaska estaban hartos del despotismoski de ese generalismoski de papeleski?

—Ordeneski, señor *Aldamaski*! gritó *Morales-Lemuski*: ya sabemos que *Quesadaski* es un farsanteski; pero usted no le va en zagaski, pues prometió V. millonoski y mas millonoski, para luego llamarse, no *Aldamaski*, sino *Andanaski*.

—Calle V., embrollonoski, dijo *Aldamaski*. ¿No sabe V. que ya me va faltando el dinero, gracias á V., á *Ponce Leonoski*, *Javier Cisneroski* y otros galafateski? ¡Ah! Si yo hubiera tenido mejor olfatoski!

—Poco á pocoski, interrumpió *Piñeroski*: á V. le faltará el sentido comuneski; pero no el olfatoski, teniendo una narizoska inmejorableiska.

—En efectoski, dijo *Bramosiowski*.

Pero no pudo decir mas, porque con su peso hizo añicos la butaca en que se había arrellanado, y cayó envuelto entre los pedazos de dicho mueble.

Quiso ayudarle *Fesseraski*; pero este pobre cojo perdió el equilibrio y cayó también.

—Pues allá voy yo, dijo *Rodriguezki*, el cual, con su pata galana, siempre va en pos de su colega de cuartos traseros, y cayó igualmente.

Por fortuna, llegó *Doña Emiliska* con quince ó veinte banderas, de cuyos palos se hicieron palancas para mover á *Bramosiowski*; pero los palos se rompieron, con ética pesadumbre de la incansable bordadora, que ha jurado no dejar de componer banderas mientras tenga un soplo de vida en los huesos, pues ella no puede tenerlo en otra parte. Por fin, habiéndose pedido auxilio á la marinería, fueron unos cuantos hombres que, provistos de buena maquinaria, pudieron poner á flote el *Leviatan* viviente que se llama *Bramosiowski*.

Y no he sabido mas, sino que la gente se divierte con los emigrados, desde que estos dieron en nombrarse los polacos del Nuevo Mundo; de manera que los infelices, por donde quiera que van, oyen cosas como éstas:

—¡Pobrecitos polakoskis! ¡Qué lastimaska que sean tan cobardeski y ridiculoski, teniendo tanta inventiveska para urdir patrañas!

IBRAHIM.

NOTA.—En el número próximo se probará que, ni hacen favor á los polacos los que se comparan con ellos, ni honran á Cuba los que la llaman Polonia.

MISCELÁNEA.

¿Se sabe, por fin, quién aprehendió á los cabecillas *Arredondo* y *Cueto*?

Según mis informes, ese honor corresponde á los Bomberos (ocho hombres, entre los cuales había un capitán, un teniente y un sargento) que fueron los que registraron el platano donde estaban dichos cabecillas, y donde estos se les rindieron antes que llegasen otras fuerzas. Así resultará de la información que se haga, y si así no resultase, siempre dará el Moro al César lo que fuere del César.

¡Vaya, vaya! ¿Conque los periódicos que en Madrid han hablado de la venta de Cuba no llegan á los tres ó cuatro que suponíamos? Se han reducido á dos, después de todo, y si dos contra uno, pájaro grullo, ciento contra dos..... buenas noches nos dé Dios.

El caso es que no son siquiera dos, los tales periódicos: porque uno de ellos es *El Universal*, fundado, según se dice, con el dinero de los que hoy andan por Nueva York, ó por la Manigua, y un periódico así, tiene tanto voto en las cosas de Cuba como los libelos que se publican contra España en los Estados Unidos, en Yucatan ó en Cayo-Hueso. De modo que,

En la cuestión capital.
¿Qué queda al gremio importuno.
Quitando *El Universal*?
Fuera de los nueve..... uno.

Ese uno es *La Discusión*, cuyo solo nombre está diciendo que ha venido al mundo para discutirlo todo. Pero, según el adagio: *uno y ninguno, todo es uno*.

Conque, sumemos
La lista horrenda
De los diarios
Que hablan de ventas.
Y encontraremos,
¡Cosa como ella!
Uno, mas Uno.....
Cero á la izquierda.

—Oiga V., preguntó *Quesada* á un joven cubano en Nueva York. ¿Conque el otro día en una casa, donde se defendía mi honradez, llevó usted la contraria?

—Perdone V., señor *Quesada*, contestó el joven: yo no he oído á nadie decir que V. sea hombre honrado.

También á *Aldama* le ha ocurrido una cosa digna de contarse.

Mandó á buscar un médico, diciendo que tenía jaqueca, y el facultativo parece que contestó: diga V. que no puede ser jaqueca lo que tiene el Sr. D. Miguel; porque ese mal no ataca mas que á las personas de entendimiento.

Entre tanto, el ilustre conde de Valmaseda, en una valiente proclama que ha dado, concede ocho días á los tunos que vagan hacia las Tunas para acogerse á indulto. Pasados estos ocho días, no habrá mas que la muerte para dichos tunos.

La cosa no puede ser mas clara ni mas justa; y sin embargo, aun serán capaces los tunos de hacer como que no la entienden.

Pero á los que no quieren entenderla, les aconsejo que no pidan explicaciones, porque, entre las muchas buenas cualidades que tiene el conde, una de ellas es que no le gusta decir las cosas dos veces.

Eso es, precisamente, lo que deben hacer, y lo que harán, sin duda, nuestros bravos generales, no decir las cosas dos veces: porque los *mambises* son tan solapados como aquel recluta que, habiendo pedido la licencia de un par de horas para ir á su casa, fué preciso ir á buscarle al cabo de dos días, y cuando le interrogaron sobre su tardanza, dijo: que no había oído el reloj.

Cada vez que *Doña Emilia* tiene noticia de lo mal que se portan los *libertadores*, los cuales, como es sabido, corren como liebres al ver á nuestros soldados, parece que suele exclamar: ¡Ah! ¡si yo llevara calzones.

Y tiene razón, porque á una facha como la suya, mejor le estarían los calzones que las sayas.

Ya se sabe porqué *Doña Emilia* no es devota de San Agustín.

Hubo teólogos en el principio del cristianismo que sostuvieron la idea de que, después de la resurrección de los muertos, las mujeres se volverían hombres, y San Agustín combatió esta idea en su libro titulado: *La ciudad de Dios*. ¡Ah! Eso de quitarle la ilusión de llevar calzones algún día, no se lo perdona la republicana del chuchó ni al mismo San Agustín.

El primero que enseñó á correr á los *mambises* fué *Céspedes*, y este acaba de parodiar al bailarín *Vestris* en una réplica.

—¿Sabe V., le dijo el marqués de Santa Lucía, que todos nosotros corremos ya mas que V.?

—Ya lo creo, contestó *Céspedes*, bien podéis, discípulos míos, correr mas que yo, puesto que yo no he tenido tan buen maestro como vosotros.

Charada.

Ver en si prima y segunda,
Dá gran pesar á una dama.
Y prima y tertia amonestan
Al que por los eodios habla.
Tercia y segunda componen
Cosa que en los libros se halla.
Y el todo está en las maniguas,
Haciendo la guerra á España.

SOLUCIÓN DE LA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Buen Muza, la charadilla
No ofrece dificultad:
Es nombre de una entidad,
Jefe de esa camarilla.
A que ufano el mambi llama
Junta Cubana. Es un fiesto.
Autor de un gran patifiesto.
He pintado bien á *Aldama*.

ERRATA.

En el número anterior de este periódico, página 2-4. líneas 42, donde dice *Milciades*, léase: *Euribades*.

IMPRESA «EL IRIS», ORISO 20.